



VOL: AÑO 5, NUMERO 14
FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1990
TEMA: SUBJETIVIDAD EN LO SOCIAL
TÍTULO: **Conceptos inestables**
AUTOR: *Carlos Pereda* [*]
SECCION: Ciclo de conferencias

TEXTO

I

Inevitablemente argumentamos desde un punto de vista. La expresión "punto de vista" alude a cierto situarse, a la posición que adopta quien argumenta para, desde ahí, atender a los acontecimientos y a los objetos, a las emociones y a los argumentos. De ahí que el punto de vista sea un constituyente argumental básico. Es común que hablemos del punto de vista del niño y del punto de vista del empleado de banco, del punto de vista de un sindicato y del punto de vista de los partidos de oposición, del punto de vista de una institución privada y del punto de vista del gobierno... Podemos pensar estas diversas perspectivas como "punto de vista materiales", posiciones que, por diversas circunstancias psicológicas o sociales, adoptan individuos o grupos.

En oposición con estas maneras psicológicas o sociales de situarse, también es posible recoger los puntos de vista con los que se configura cada ciclo argumental. En el ciclo reconstructivo a veces se buscará, para comprender mejor, simplificar un fenómeno y otras veces, reintegrar ese fenómeno a diversos contextos y, de esta manera, en lugar de simplificar, complicaremos: así el ciclo reconstructivo se constituye en algunas ocasiones desde el punto de vista simplificador (reduciendo o eliminando aspectos del fenómeno que se atiende) y en otras, desde el punto de vista complicador. En relación al ciclo crítico de nuestros enunciados, el ciclo en que se pone en juego la verdad o la falsedad, es común argumentar desde el punto de vista subjetivo; no obstante, tampoco es raro que procuremos abstraer en algún grado de nosotros mismos y adoptemos un punto de vista más objetivo. Con respecto al ciclo evaluativo encontramos también una polarización: el punto de vista de lo que es, el punto de vista de lo que debe ser, o en una versión más enfáticamente normativa, el punto de vista de la bajeza y el punto de vista de lo sublime. A diferencia de los puntos de vista psicológicos y sociales o puntos de vista materiales, podemos pensar a estos puntos de vista conformadores de los ciclos argumentales en tanto "puntos de vista formales". Pero ¿en qué consisten estos puntos de vista formales?; ¿de qué manera se articulan y se desarrollan constituyendo a los ciclos argumentales? Me ocuparé exclusivamente del ciclo crítico y, sobre todo, de una consecuencia de ese -¿necesario?- oscilar entre el punto de vista subjetivo y el punto de vista objetivo.

II

Si una persona se queja de sus dolores o protesta ante una injusticia, o aplaude una acción admirable o nos confiesa un afecto o un deseo, o propone una alternativa a nuestras instituciones, esa persona ocupa un papel peculiar en relación a sus experiencias, a sus acciones y a su discurso, la posición privilegiada que definen el

autoconocimiento y el propio decidir, la propia experiencia, o punto de vista subjetivo. Los privilegios del punto de vista subjetivo se exhiben claramente en el modo de aplicación de los predicados psicológicos.

Si se trata de una auto-descripción no se necesita de ningún tipo de observación suplementaria. Para averiguar que tengo una sensación de dolor de estómago o la actitud proposicional de estar pensando en un cuento de Borges, no tengo que indagar nada, basta mi sensación, basta mi pensamiento. Por el contrario, tal vez necesitemos de mucha observación empírica cuando les adscribimos sensaciones o actitudes proposicionales a terceros, cuando averiguamos si las otras personas tienen dolor de estómago o están pensando en cuentos de Borges. En la descripción de las sensaciones no sólo no podemos prescindir del punto de vista subjetivo, sino que no es claro qué más tenemos que agregarle; por eso, no tiene ni siquiera sentido adscribir a una persona una sensación inconsciente. Si a mí me parece que tengo dolor de estómago, yo tengo dolor de estómago, y si a mí me parece que no tengo ningún dolor de estómago, yo no tengo ningún dolor de estómago, independientemente de cuál sea el estado efectivo de mi estómago: las sensaciones se rigen por lo que suele llamarse la "Lógica del Parecer". En relación a las actitudes proposicionales, esta situación se complica. Por lo pronto, situemos a los afectos a medio camino entre las sensaciones y las creencias. Los deseos y los afectos poseen, como las sensaciones, una fenomenología especial; no, en cambio, las creencias. Pero a diferencia de las sensaciones, los deseos y los afectos comparten con las creencias un correlato proposicional (lo deseado en el deseo, lo sentido en el afecto, lo creído en la creencia). Sin embargo, y pese a que este correlato se propone como no subjetivo, cada persona dispone de un acceso que nadie más posee tanto a sus sensaciones, deseos y afectos, como a sus creencias. Es por eso que enunciados característicos del punto de vista subjetivo como "sólo yo puedo sentir mi dolor", "sólo yo puedo desear mis deseos", "sólo yo puedo creer mis creencias", expresan casi tautologías.

Sin embargo, hay otras situaciones en las que las personas no son sujetos de experiencias o agentes de acciones, sino que se hallan en una posición similar a cualquier otro objeto: en tales situaciones las personas son atendidas desde un punto de vista más o menos objetivo. Encontramos ejemplos de esas situaciones no sólo cuando nos interesa el peso de una persona, el color de sus ojos, su tipo de sangre o el funcionamiento de su sistema nervioso central, sino también si buscamos explicar el comportamiento de una persona (incluyendo a sus discursos y a sus afectos, a sus deseos y sus creencias), de acuerdo a causas -neurológicas o psicológicas- por completo independientes de las razones que la persona se da para actuar, desear, querer o creer. Este es, por ejemplo, el punto de vista que adopta cualquier psicología. Si para mí, sujeto, soy yo el productor de mis discursos, para un psicólogo son esos discursos los que me producen. Para mí, soy yo quien subyace a mis historias; para un terapeuta son las historias las que me constituyen: el sujeto deja de ser centro para volverse periferia, efecto. La palabra "yo" deja de ser el pronombre que designa la intimidad, para convertirse en un designador de objetos como cualquier otro: La intimidad se vuelve en fragmento de la realidad, como cualquier otro.

No sólo el concepto de persona y su entorno padece de inestabilidad. También el concepto de sociedad sufre los tironeos de la polarización entre lo subjetivo y lo objetivo. Cualquier miembro de una sociedad posee un conocimiento de ella, de sus prácticas, de sus hábitos, de sus instituciones. Estos conocimientos resultan de la "socialización" en cierto medio. El conocimiento del científico social es diferente. Para mí, yo, en alguna medida, elijo ser quien soy: elijo mi vestimenta, la manera en que quiero vivir, mis amigos, el partido político o la religión a que adhiero.... Para el científico social, en cambio, la sociedad "elije" por mí: los diversos procesos sociales constituyen a esos eventos que los

sujetos llaman "elecciones". De ahí que cuando se alude a la "constitución social de los sujetos" que se llevan a cabo en cierta cultura, se procura observar a esos agentes "desde fuera": este punto de vista objetivo elimina todos los privilegios de los nativos y los convierte en objetos de indagación, junto a los otros objetos de esa cultura. Como consecuencia, la aplicación de los predicados sociales sufre un tambalearse en algunos sentidos análogo al que exhiben los predicados psicológicos.

Sin embargo, se han estado mezclando dos sentidos diferentes de inestabilidad conceptual. Cuando se pasa de un nivel ontológico de constitución de un fenómeno a otro nivel, o si se prefiere, cuando se sustituye un lenguaje por otro tipo de lenguaje cualitativamente diferente, se está ante una inestabilidad conceptual fuerte. Por ejemplo, hay inestabilidad fuerte si se reconstituye a una experiencia, digamos, a un dolor de cabeza, en términos neurofisiológicos. En cambio, hay inestabilidad conceptual débil si las descripciones alternativas se llevan a cabo en el mismo nivel ontológico, esto es, si se redescrive en el mismo tipo de lenguaje, como en el caso de lo que confiesa un paciente y la redescrición que hace de su discurso un terapeuta de cierta creencia social y la información estadística que contradice tal creencia.

III

En el ciclo crítico nos topamos, pues, con el dato de que lo que dice un punto de vista conformador de tal ciclo puede corregir o incluso sustituir lo que informa el otro punto de vista; esto es, en este ciclo hay dos puntos de vista, el subjetivo y el objetivo, que pueden entrar en conflicto pero que son igualmente constituyentes de la argumentación. Mi primera propuesta es la siguiente:

En el ciclo crítico encontrarnos una serie de conceptos inestables, fuertes y débiles, en tanto su conformación oscila entre los puntos de vista constituyentes de ese ciclo.

Estos conceptos inestables refieren a objetos o eventos posibles de ser aprendidos, a la vez, desde el punto de vista subjetivo y desde el punto de vista objetivo; por lo demás, tales conceptos introducen algunas de las dificultades más ásperas con las que se encuentra, una y otra vez, la argumentación. Un inventario de conceptos inestables, fuertes y débiles, incluirá candidatos como persona, experiencia, acción, sensación, percepción, deseo, afecto, creencia, tradición, sociedad, familia.... Pero se atacará: ¿estamos realmente ante conceptos inestables?, queriéndose decir: ¿se trata, en efecto, de una inestabilidad genuina o sólo de una inestabilidad aparente, de una pseudo-inestabilidad?; ¿No puede acaso el ciclo crítico eliminar de alguna manera esas oscilaciones ontológicas?

Con razón, desde Kant, suele ubicarse al punto de vista subjetivo como la posición de la que hay que partir: la ontología no se constituye más que a partir de los compromisos de la epistemología. Por ejemplo, Thomas Nagel trata de indagar cómo en el seno mismo de la subjetividad, vamos constituyendo un punto de vista que comienza haciendo abstracción...

de la posición personal, temporal, espacial y específica del individuo en el mundo y después de las características que lo distinguen de los otros humanos, luego, gradualmente de las formas de percepción y de la acción características de los humanos, y que se partan del estrecho campo de una escala humana en el espacio, en el tiempo y en la cantidad, y se dirigen hacia una concepción del mundo que en lo posible no es el punto de vista de ningún lugar dentro de éste. Probablemente este proceso no tiene fin, pero su meta es considerar el mundo algo sin centro, en el que el observador es uno de sus elementos. [**]

Este punto de vista de la objetividad encuentra su promesa de expresión más acabada en los resultados de las diversas investigaciones científicas.

La distinción entre ambos puntos de vista posee, sin embargo, ámbitos de resonancia radicalmente diferentes. Detengámonos un poco a elucidar dos oposiciones que atañen a la inestabilidad del concepto de persona:

1) La oposición entre la existencia de agentes libres y pensar el mundo como una serie de sucesos que pertenecen por entero a un orden o a un desorden natural, o al menos a un orden o desorden psicológico o social; y

2) La oposición entre el sujeto y su tiempo vivido y una perspectiva que considere los estados mentales en sus relaciones -causales, funcionales- con el sistema nervioso-central o la conducta.

Oposición 1

Pensemos en el problema del libre albedrío. Tenemos dificultades con el concepto de acción libre, primero, por que es imposible borrar la sospecha de que toda acción se produce dados ciertos antecedentes, y segundo, porque la ausencia de estos no equivale por sí misma a una acción libre. Examinemos en la Crítica de la razón pura a la Tercera Antinomia y su propuesta de pensar una "causalidad del agente", lo que Kant llamaba "causalidad por libertad". La propuesta Kantiana tiene, al menos, el mérito de enfatizar, por un lado, las dos condiciones negativas que necesitamos para pensar al concepto de acción libre: tal acción no estaría causada por circunstancias previas ni sería algo que meramente sucede. (Pensar en la segunda condición puede advertirnos que el problema del libre albedrío tiene, en contra de lo que suele suponerse, relaciones muy complicadas con el de la predicción: es más fácil predecir que si yo saco un número de lotería actuaré de cierta manera, cobrándolo, que predecir un suceso como la lluvia de mañana). Por otro lado, de modo más positivo, en la propuesta Kantiana también se expresa el punto de vista subjetivo: la experiencia que necesariamente hace cualquier agente de que él realiza sus acciones (las produce, las causa...), de que sus acciones le pertenecen. Esto es, cuando yo actúo, no observo simplemente que algo acaece, sino que yo soy quien actúa. Aunque formular una experiencia no implica su elucidación, y mucho menos, una explicación, al menos ¿no estamos identificando el problema al señalar que entenderlo significaría entender el poder causal pero no causado de un agente? Tal vez se objetará: toda esa manera de argumentar se está moviendo en círculo. Entender el poder causal pero no causado de un agente, consiste en saber cómo sería el mundo si ese agente fuese libre. Sin embargo, lo que procuramos entender es en qué podría consistir ese saber; qué estado de cosas sabríamos si lo supiéramos, ya que los otros ejemplos de poderes causales son ejemplos acerca de los cuales es posible dar una explicación estructural, incluso molecular, de aquello que produce ese poder causal. Quien no quiere abandonar de inmediato un punto de vista más o menos objetivo acaso todavía puede replicar: la existencia de poderes causales pero no causados, la explica la teoría de la evolución... Lamentablemente, no estoy seguro de que alguna teoría de la evolución pudiese decir algo al respecto, esto es, no me imagino en qué podría consistir una explicación natural de un perpetuum mobile. Insistiré todavía en un argumento más o menos Kantiano, como el siguiente:

Premisa 1: La vida humana con sus ideales y aspiraciones, sus luchas y enjuiciamientos, necesariamente implica la existencia de agentes.

Premisa 2: Si se niega la existencia de individuos con poderes causales, pero no causados, se niega la existencia de agentes.

Premisa 3: La vida humana es un hecho.

Conclusión: Por lo tanto, la existencia de individuos con poderes causales pero no causados es un hecho.

Tal vez un objetivista podría nuevamente atacar a la conclusión de este argumento indicando que me estoy moviendo en círculo: ¿no es acaso el hecho que da por sentado la premisa 3 lo que hay que probar? La única réplica que todavía se me ocurre no es quizá tan débil como parece: en efecto, argumento en círculo, pero tal vez en círculo virtuoso. Por lo menos se concederá que es tan inverosímil pensar que hay agentes libres como que no los hay.

Oposición 2

La relación entre el sujeto y su tiempo vivido y una perspectiva más objetiva, por ejemplo, neurológica, con respecto a ese suceder, está en la base de ciertas perplejidades como la identidad personal y las relaciones entre la mente y el cuerpo. Por lo pronto, se han propuesto varios tipos de identidad personal: física, causal....., pero en estas propuestas lo que se pierde es, en primer lugar, la experiencia vivida que tiene el sujeto de que él es él mismo y no otra persona. ¿Acaso no desaparece el yo desde el punto de vista objetivo al que necesariamente pertenece cualquier entidad física y sus eventuales relaciones causales? Además, el problema de pensar el vínculo entre la mente y el cuerpo es similar: una dificultad resistente está dada por el carácter subjetivo de la experiencia personal, ese vivir que mi dolor es mi dolor, mis celos son mis celos..., para citar algunas de las maneras particulares que tienen las personas de decir, de decirse, que su vida no es meramente un fragmento más de la vida biológica de la especie, sino -enfáticamente- su vida. ¿Por qué?. Precisamente, no olvidemos, en segundo lugar, que mi experiencia vivida no pertenece al régimen del caos o de la mera visión, sino al de la historia; cada "yo" se vive como una historia. La identidad se constituye en esa narrativa que es cada historia vivida. ¿A qué conlleva esto?

Atendamos cómo se constituye la identidad en esa narrativa que es cada historia vivida. Se objetará: ¿no hay algo así como un "tiempo objetivo", el tiempo del reloj y el calendario, capaz de "objetizar" las "historias vividas"? Examinemos a esta dificultad.

Comúnmente afirmamos que el tiempo posee tres dimensiones: pasado, presente y futuro, hecho que suele llamarse "triada el tiempo". Si no me equivoco, bajo los títulos "tiempo objetivo" y "tiempo subjetivo", la triada del tiempo se constituye de manera muy diferente.

En primer lugar, para el "tiempo objetivo", la estructura de estas tres dimensiones es fija y está dada por una sucesión lineal de los instantes, una "línea" abstracta orientada en una sola dirección. Por el contrario, en el tiempo vivido, los respectivos presentes buscan conformar la triada de diferentes maneras: la memoria y los programas desde los cuales cada persona procura vivir su futuro, depende de los intereses del presente. La causalidad, o al menos, el orden o desorden naturales, son el "cemento" que "pega" a las diferentes dimensiones del "tiempo objetivo". El "cemento" de la triada del "tiempo subjetivo" son los intereses de cada presente.

En segundo lugar, el discurso más propio del "tiempo objetivo" en tanto estructura fija es la descripción; con respecto al "tiempo subjetivo", para expresar adecuadamente esa

conformación constante y dependiente de intereses que cambian, tenemos que apelar a la narración. O dicho de manera inversa: el discurso de la narrativa tiene como referente dominante al tiempo subjetivo; la historia es, ante todo, historia individual y social. Sólo de modo secundario y hasta en otro sentido, hablamos de una historia natural.

En tercer lugar, los vínculos entre los componentes de la triada del "tiempo objetivo" se articulan en relaciones externas: cadenas causales, o acaso, indeterminadas... En cambio, en el "tiempo subjetivo" estamos ante "relaciones internas": cada parte se comprende como fragmento de un relato y toma su sentido y su valor en tanto tal, como contribución a la constitución de esa historia. De esta manera, lo que en un presente fue un acontecimiento o un personaje poco importante, acaso en otro presente se convierta en personajes o acontecimientos centrales.... y así sucesivamente.

En cuarto lugar, la operación de comprender la estructura y las relaciones en la triada del "tiempo objetivo" es similar a la de explicar como y por qué en la sucesión lineal de los instantes, un evento E2 se produce a partir de un evento E1... Comprender al "tiempo subjetivo" tiene poco o nada que ver con tales atribuciones causales; más bien, consiste en aprehender la organización que articula una historia, y en juzgarla.

Aprehender las articulaciones de una historia, implica captar las relaciones internas que transforman a ciertas personas, hechos y eventos en componentes de una narración. Pero, se anotó, al procurar comprender una narración solemos hacer algo más que aprehender las articulaciones de una historia; también tendemos a juzgarla y a juzgarla moralmente: toda historia tiende actual o virtualmente a moralizar y a que moralicemos. No es casual que suela llamarse al propósito por el que se nos cuenta una historia su "moraleja". Ello no debe sorprender si tenemos en cuenta que una historia se conforma a partir de los intereses de las personas y que esos intereses resultan de sus necesidades, intenciones, creencias, afectos... Las historias se hacen, y hablan ante todo, de personas y no simplemente de "máquinas concientes", y una persona es un ente que pertenece tanto a una clase natural como a una clase moral. Precisamente por ello el concepto de persona es un concepto inestable.

Fijemos estas propiedades en el siguiente cuadro:

Cuadro No. 2

IV

Pero regresemos a los contrastes entre un orden o desorden natural y mi vivencia narrativa de ello. Los contrastes 1) y 2) son, en realidad, variaciones de una misma oposición: por un lado, ubicamos la especie humana como un fragmento de la naturaleza, regida por leyes de la misma clase que cualquier otro fragmento. Por otro lado, nos pensamos como algo único, separado del resto de la naturaleza, como un conjunto de personas, esto es, de agentes capaces de iniciar acciones y individuos con una historia propia. El problema de los conceptos inestables surge de que no pudiendo dejar de pensarnos, a la vez, de ambas maneras, esto es, no pudiendo evitar pensar al concepto de persona como inestable y no soportando las inestabilidades -tanto fuertes como débiles- tendemos a hundirnos en algún vértigo ontológico. Para quien sucumbe al vértigo objetivista desaparecen las experiencias y las acciones en tanto tales, esto es, desaparece la persona misma en tanto un agente como una narrativa individual; los inclinados a situar en el centro de sus vidas a la investigación científica, tienden a este vértigo. Pero igualmente fácil es dejarse arrastrar por el vértigo subjetivista: entonces, el mundo se va empobreciendo hasta convertirse en un pálido o delirante relato interior. Mi segunda propuesta es la siguiente:

Cualquier tentativa de estabilizar conceptos inestables necesariamente desencadena vértigos ontológicos.

Sin embargo ¿no se exagera al afirmar: en el vértigo objetivista, al "estabilizar" -de manera naturalista- al concepto de persona, éste de inmediato deja de tener sentido? No lo creo. Desde un punto de vista más o menos objetivo no tenemos por qué atenernos a las valoraciones que la vanidad de los individuos concede a sus empresas. De ahí que podamos preguntarnos: ¿los propósitos humanos efectivamente tienen sentido o, más bien, son absurdos, literalmente sin sentido? Pienso que no hay que sentirse obligado a responder de modo directo; basta con observar: no es raro que, precisamente, en la busca de la imparcialidad, de totalizar situaciones desde un punto de vista exterior a ellas, se vaya perdiendo el sentido mismo de esas situaciones. Con la vida humana sucede lo que con el paisaje: algunos pasos de distancia permiten una visión más abarcadora, pero demasiada distancia la pierde definitivamente de vista.

Se trata, entonces, de resistir que, al ocuparnos con conceptos inestables como el de persona, experiencia, acción o sociedad....., se radicalice el punto de vista objetivo o el punto de vista subjetivo, con el propósito de "estabilizar" a tales conceptos, lo que inevitablemente los deforma y acaba perdiéndolos.

Dos técnicas de "estabilizar" conceptos son ya tradicionales, (Nagel, 1979:320). En primer lugar, la reducción. Por ejemplo, podemos intentar reducir las diversas ciencias sociales a la economía, o la psicología a la neurología; o analizar las experiencias de una persona sólo en términos de la conducta de esa persona, o no pensar las acciones más que como sucesos iguales a otros sucesos. Estas serían reducciones de tendencia objetivista. Pero las puede haber también subjetivistas: ni siquiera la teoría de la ciencia se ha visto libre de estas tentaciones. No pocas veces se ha tendido a pensar que las verdades científicas se reducen a lo que la moda impone como tales en las comunidades científicas pertinentes. Usar la técnica de la reducción, tanto subjetiva como objetiva, trae consigo pesados compromisos. Tareas como las de explicar paso a paso cómo una ciencia podría reducirse a otra, o de qué manera un sujeto o las comunidades científicas producen el conocimiento, implican el respaldo de "complejar" teorías. Por eso, casi siempre, después de un entusiasmo inicial, se termina por abandonar tales programas duros y se recurre a variaciones más sutiles, por ejemplo, lo que Nagel llama "anexión". La anexión subjetiva tratará de repensar subjetivamente incluso los datos objetivos más recalcitrantes: la fenomenología contemporánea anexa la realidad entera como un territorio más del sujeto, repensándola según lo que el sujeto "constituye" como tal.

La segunda técnica es más rotunda: la eliminación. Nada más fácil que asegurar que no hay acciones, ni experiencias, ni identidad personal, que se trata de puras ilusiones, cuyo mecanismo se explicarán según avancen las ciencias. Del lado subjetivista la ambición no es menor: reducir la verdad a aserciones respaldadas, o en general, eliminar como realidad todo lo que no se deje "constituir" a partir de las prácticas y teorías de la especie humana.

V

Tal vez se dude: conceptos inestables como los de persona, experiencia, acción o sociedad ¿resultan de toparnos con "hechos contradictorios", o de un conflicto de "meros" propósitos en relación al ciclo crítico, esto es, de maneras interesadas, personales o sociales de ponerlo en marcha? Favorezco la primera opción. Con cierta cautela podemos decir: en relación a los llamados "conceptos inestables", fuertes y débiles, hay dos clases de datos que entran en conflicto y quien no tome en cuenta una de esas clases de datos sucumbe a vértigos. Mi tercera conjetura es la siguiente:

En la inestabilidad débil los dos o más conceptos contaminados de inestabilidad poseen, en principio, las mismas presunciones. En cambio, en la inestabilidad fuerte, aunque con respecto a su contenido los dos o más conceptos inestables poseen la misma presunción, no según su forma; en este último caso, los conceptos prácticos poseen la presunción y los otros, la carga de la prueba

La inestabilidad débil es una inestabilidad crítica: se busca sustituir un concepto -una descripción- por otro concepto -otra descripción- que se considera más apropiado, por ejemplo, las creencias de un habitante de cierta comunidad por la re-descripción que hace de ellas un investigador social. Por el contrario, la inestabilidad fuerte es puramente reflexiva: los conceptos del observador externo no pueden pretender sustituir a los conceptos internos.

En cualquier caso, la argumentación una vez más descubre que los caminos fáciles están bloqueados. No es posible "estabilizar" los conceptos inestables: no podemos tranquilizarnos con un paso más acá del punto de vista objetivo, o con un definitivo más allá del punto de vista subjetivo y sus narrativas, sin sucumbir a vértigos ontológicos. Y lo peor de todo, atender efectivamente las demandas tanto de la objetividad como de la subjetividad, esto es, entender en cada problema y en cada argumentación cuál es el sentido de esas demandas, configura un esfuerzo, cada vez, nuevamente a repensar: ardua tarea entonces que exige, de caso en caso, ejercer la capacidad de juicio. Quien esté dispuesto a argumentar no tiene opción.

CITAS:

[*] Jefe de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

[**] Thomas Nagel (1979), "Subjetive and Objective", en *Mortal Questions*, Cambridge University Press, p. 314. Hay traducción castellana con el título de *La Muerte en Cuestión*, Fondo de Cultura Económica.